



Nafta súper

SERVICIO COMPLETO, EL LIBRO DE SCOTTY BOWERS QUE INSPIRÓ,
EN FORMA BASTANTE LIBRE, LA MINISERIE HOLLYWOOD QUE SE PUEDE VER EN NETFLIX

Polvo de estrellas



En los años 40, en Los Ángeles, numerosas personas de los grandes estudios (trabajadores comunes, productores y guionistas, pero también unas cuantas de las estrellas) acudían a una pequeña gasolinera ubicada en *Hollywood Boulevard* para obtener un pase a los placeres del sexo prohibido que se les negaba abiertamente según los rígidos códigos de la época. El personaje clave de esta historia –gigoló, facilitador y servidor sexual él mismo– fue Scotty Bowers, un exmarine apuesto y despreocupado que había llegado a Hollywood en busca de un futuro. Muchos años después Mr. Sex –como todos comenzaron a llamarlo– escribiría una suerte de memoria-confesión que bajo el título de **Servicio completo** hizo desfilar a una rutilante variedad de estrellas de

Hollywood, y de paso, retrató una época de doble faz, tan hipócrita como inolvidable. Esta mezcla de fantasías, verdades y literatura erótica con famosos se publicó originalmente en castellano en 2013, y fue relanzada ahora a raíz de la versión libre de la miniserie *Hollywood* que se puede ver por Netflix. Para leer, mirar y comparar.

POR DIEGO BRODERSEN

Lo llamaban Mr. Sex e incluso antes de la publicación de su particular autobiografía, *Servicio completo: La secreta vida sexual de las estrellas de Hollywood*, su bien ganado estatus como máquina fornica-dora y facilitador de sexo de alto nivel ya era legendario en el ambiente del cine de los Estados Unidos. Su nombre real, George Albert Bowers, aparece citado un par de veces en la biblia sobre los escándalos en la Ciudad de las Estrellas, *Hollywood Babilonia*, de Kenneth Anger, y su famoso y afectivo apodo, Scotty, es utilizado en el título de un documental reciente sobre su figura, *Scotty and the Secret History of Hollywood*, del documentalista Matt Tyrnauer. El lanzamiento en la plataforma Netflix de la miniserie *Hollywood*, basada de manera parcial y muy libremente en su figura, ha vuelto a poner de relieve el libro, coescrito junto a Lionel Friedberg y lanzado originalmente en el año 2012, cuando rondaba los noventa años (Bowers falleció hace siete meses, con 96 abriles cumplidos, en su ciudad adoptiva de Los Ángeles). Durante décadas, Scotty se codeó con la crema de la crema del ambiente hollywoodense y compartió alcobas –y otros ámbitos menos cómodos– con estrellas de uno y otro sexo, alternando actividades amoratorias con figuras del empresariado, la política e incluso la realeza. ¿Cuánto de lo que se relata en las casi trescientas páginas del volumen es cierto y

cuánto hay de fabulación? Difícil saberlo, pero su amigo el escritor Gore Vidal afirmó, poco antes de morir, que “Scotty nunca miente”. Como si se tratara de un paseo por la memoria más íntima y con un tono usualmente ligero y definitivamente explícito, *Servicio completo* despliega las aventuras del famoso Señor Sexo desde su infancia en una granja de Illinois, en pleno apogeo de la Gran Depresión, hasta su llegada a Los Ángeles y el comienzo de una nueva vida como amante eventual de una ingente cantidad de hombres y mujeres, muy famosos y no tanto. Los capítulos alternan un pasado de dificultades económicas –que Scotty supo enfrentar con actividades muy variadas– con un presente luego del final de la Segunda Guerra Mundial, cuando un simple empleo en una estación de servicio terminaría convertido en el centro de irradiación de los más salvajes trajines sexuales. Bienvenidos a una historia llena de detalles escabrosos y secretos inconfesables, pero también de cariño y amores alejados de las convenciones. Bienvenidos también a la defensa de una vida repleta de orgasmos sin culpa que hoy, en plena epidemia de neo puritanismo, parece llegar no tanto de otras épocas como desde otro planeta.

“Hace unas décadas mi buen amigo Tennessee Williams empezó a escribir el relato de mi vida y antes de que viera la luz le pedí que lo destruyera. Ahora, en mis días de declive – cumpliré ochenta y nueve el próximo año–, me siento obligado a contar mi

historia”, escribe Bowers en el prólogo de *Servicio completo*. El de Williams es el primero en una lista de decenas y decenas de nombres celeberrimos que engalanan el tomo. Casi como una disculpa, más adelante afirmará que ahora sí puede confirmar leyendas nunca corroboradas y revelar anécdotas hasta entonces secretas porque “todos han muerto y ya no puedo lastimarlos”. En ese sentido, todo el texto podría entenderse como la confesión de un sobreviviente, de alguien que durante décadas cumplió a rajatabla la promesa de callar ciertas cosas consideradas incómodas o inconvenientes. Hacía el final de ese prefacio, ubicado en el tiempo presente del nuevo milenio, con un Bowers recorriendo las calles de L.A. en su auto, el autor declara: “Mi mente repasó Perezosamente interminables carpetas mentales que contenían imágenes de fiestas glamourosas, de salvajes orgías al borde de piscinas, de fines de semana en hoteles lujosos, de camerinos, de concurridos platós de rodaje, de lugares oscuros donde chocaban cuerpos con un vigor electrizante, de fantasmales encuentros de mujeres espléndidas y jóvenes viriles, de una magnífica variedad de todo género de sexo apasionado. La verdad, conocí Hollywood como no lo ha conocido nadie”. A partir de ese momento, el libro se transforma en un increíble catálogo de experiencias amorosas –usualmente descriptas de manera cruda y directa, sin pruritos a la hora de llamar a las cosas por su nombre–, el lado B de una industria de cine

pacata puertas afuera y absolutamente descontrolada en su interior. Una era donde se podía ser gay pero nunca en voz alta, donde muchos matrimonios “profesionales” escondían una vida secreta para la gran mayoría, donde machos alfa de la gran pantalla se transformaban en “reinas” en la vida real. Un universo hipócrita del cual Bowers fue uno de sus principales contraejemplos, siempre dispuesto a provocar gemidos de placer, tanto para la billetera del caballero como para la cartera de la dama.

ESTACIÓN DE SERVICIOS

Recién llegado a Los Ángeles en 1946, con veintitrés recién cumplidos, el exmarine Scotty Bowers comenzó a trabajar en el turno vespertino de una gasolinera ubicada en el número 5777 de Hollywood Boulevard, cargando nafta, limpiando parabrisas y controlando niveles de aceite. Un mediodía como cualquier otro de ese mismo año, una coupé Lincoln se estacionó sobre el playón. Al joven empleado el aspecto del conductor le resultó familiar, aunque no logró descubrir la identidad del hombre a primera vista. “Fue la voz la que le delató al instante”, escribe Bowers. “Dios mío, comprendí, este tipo no es otro que el renombrado actor Walter Pidgeon. Yo le recordaba por películas como *¡Qué verde era mi valle!*, *Rosa de Abolengo* y *Madame Curie*. Aquella característica voz grave, suave y que parecía la de alguien muy inteligente se reconocía al instante. Pensé que sería mejor fingir que no



SCOTTY CON LAS ACTRICES VALERY VERNON Y CONSTANCE DOWLING, EN LOS AÑOS 50.

sabía quién era y farfullé una respuesta”. Veinte minutos más tarde, Scotty se encontraba en camino a la mansión de la estrella, donde los esperaba un amigo de Pidgeon, debutando como partenaire sexual (por una módica propina) de la realeza hollywoodense. “Al cabo de una hora de sexo realmente caliente, precedido por la felación que ambos me oficiaron por turnos, los tres nos desahogamos y nos relajamos alrededor de la piscina. Para entonces, por supuesto, Walter Pidgeon ya me había revelado su verdadera identidad. Yo fingí una absoluta sorpresa. (...) Pidge y Potts eran los dos muy agradables, encantadores, unos chicos muy simpáticos. Los dos eran finos, bien educados y muy ricos. Sus modales eran impecables. Ninguno de los dos exhibía un asomo de conducta afeminada. Ambos disfrutaban también de una notable buena forma física, teniendo en cuenta su edad. Walter Pidgeon debía de tener cincuenta como mínimo en aquella época. Potts quizá era un poquito más viejo. Eran plenamente masculinos en todas sus maneras y en el modo de moverse, hablar y comportarse. Lo único que les diferenciaba un poco de los heterosexuales era el hecho de que gozaban del sexo tanto con hombres como con mujeres. Y, con toda franqueza, yo no veía nada malo en eso”.

Por supuesto, Pidgeon estaba casado —y lo estuvo hasta su muerte en 1984— y la cuestión de su bisexualidad nunca escapó de los círculos más íntimos. Un lugar común en

aquellos tiempos donde la pantalla sólo podía reflejar fantasías sancionadas por la moral, las buenas costumbres y la más estricta heterosexualidad. El Hollywood incontinente de los años 20 y comienzos de los 30 era cosa del pasado y el nuevo orden implicaba que, en la gran pantalla, las camas matrimoniales siempre estuvieran separadas por una bonita mesa de luz.

Mae West, Spencer Tracy, Edith Piaf, Vincent Price, Katharine Hepburn, Tyrone Power, George Cukor, Noel Coward, Vivien Leigh, el duque y la duquesa de Windsor, Cary Grant, Charles Laughton. Algunos de los nombres que aparecen nombrados en las páginas de *Servicio completo*. Apenas un puñado de las figuras con las cuales Scotty supuestamente compartió encuentros del primer, segundo y tercer tipo. O bien hizo las veces de intermediario para conseguir partenaires sexuales. Un facilitador, sí, pero nunca proxeneta en términos económicos, según afirma el autor en más de una ocasión. “Nunca gané un centavo por facilitar favores sexuales”. Hollywood atravesaba su segunda década bajo las reglas del Código de Producción (llamado familiarmente Código Hays, merced a uno de sus principales impulsores, el político puritano Will Hays), un sistema de autocensura promovido por la propia industria para evitar el accionar del gobierno federal. La violencia, la representación de instituciones como la familia o el gobierno y, desde luego, el sexo estaban regulados en la pantalla por un grupo de

atentos censores, empleados de los grandes estudios. Los “cinco grandes”, como se los conocía —Warner, M.G.M., 20th Century-Fox, RKO y Paramount— tenían una enorme cantidad de empleados bajo su nómina, desde el cabo raso que asistía al segundo ayudante de iluminación hasta las estrellas más despampanantes. Estas últimas eran uno de los mayores activos económicos de las compañías y su imagen pública era algo a ser protegido con toda la fuerza de la ley. No era extraño que en los contratos entre las partes figuraran cláusulas morales en las cuales las figuras se comprometían a evitar por completo cualquier tipo de escándalo. Prohibido meterse en camas ajenas o alterar el orden familiar con un o una amante. Y, desde luego, prohibidísimo dejar que cualquier “inclinación” no heterosexual se hiciera pública.

Ese era el mundo en el cual Scotty logró interceder como ángel guardián de las apatencias de sus clientes/amistades. Un todo vale en la vida real ajeno a las miradas de terceros, un paraíso de sinceridad corporal donde los fluidos podían correr sin escandalizar a nadie. “La ciudad bullía”, describe Bowers. “Y en Hollywood Boulevard, como un radiante oasis que ofrecía algo muy especial en aquel firmamento frenético, estaba la pequeña gasolinera donde yo trabajaba. Todavía no entiendo muy bien la rapidez con que sucedió todo, pero así fue. Siempre que había alguien en busca de sexo venía a mi gasolinera. Entre aquella fauna había artistas, ejecutivos y técnicos. La mayoría de los

hombres que buscaban un ligue masculino trabajaban en los departamentos de maquillaje, vestuario o peluquería, pero también había directores artísticos, decoradores, dialoguistas, personal de casting y escritores. Algunos eran gays, otros heteros y otros bisexuales. Casi todos los técnicos que manejaban material pesado en las secciones de iluminación, cámaras, tramoya, sonido, construcción y transporte eran heteros y buscaban la jovencita perfecta. Bueno, yo también podía echarles una mano. Empecé a satisfacer todos los gustos, todos los tipos, todos los intereses”.

INTRUSOS EN EL ESPECTÁCULO

En el capítulo tres de su libro —llamado no casualmente “El despertar”— Scotty Bowers relata su primer acercamiento a la sexualidad a los siete años. Los encuentros al atardecer con un hombre adulto, vecino de su familia en la granja de Illinois, son desde luego la encarnación de un típico caso de abuso infantil. Pero ni esa relación, que mantuvo a lo largo de un año, ni los múltiples encuentros con sacerdotes en la ciudad de Chicago —donde una parte de su familia se mudó cuando el muchacho tenía doce años— son descriptos por Bowers a partir de esa caracterización. De hecho, jamás utiliza palabras como “abuso”, “violencia” o “engaño”. En palabras del autor: “No tardé mucho en entablar relaciones con una veintena de ellos, todos y cada uno de los cuales estaban desesperadamente necesitados de grati-

Hollywood Babilonia

POR SCOTTY BOWERS



Cole Porter

Porter vivía en una casa alquilada con una gran piscina tapiada en Brentwood, una bocacalle de Sunset Boulevard. El propietario era mi viejo amigo Bill Haines, al que yo había conocido en el tiempo que pasé en el campamento de instrucción en 1942. Cuando llegué aquella noche a la casa de Porter con tres exmarines ya había comenzado una fiesta. No había ninguna mujer a la vista. Porter debía de andar por el final de la cuarentena o el principio de la cincuentena. Casi todos sus invitados eran más jóvenes, y a cual más llamativamente guapo. Linda, la mujer de Porter, no estaba presente (más tarde supe que la pareja vivía separada la mayoría del tiempo). A causa de un accidente que había sufrido montando a caballo en la Costa Este, a Porter le habían amputado la parte inferior de la pierna derecha. Padecía dolores constantes y le costaba trabajo desplazarse, en general con la ayuda de muletas. Pronto supe que la pasión de Cole era el sexo oral. Tranquilamente podía mamar treinta pijas, una tras otra. Y siempre tragaba. Hay muchas personas, hombres y mujeres, a las que les gusta de verdad el sabor del semen. Porter era una de ellas. En una ocasión, llevé a su casa a un grupo de mis amigos más apuestos y se la mamó a todos en un santiamén. Bum, bum, bum y se acabó. A lo largo de los años le facilité muchos contactos y él valoraba mi amistad. De alguna forma llegó a considerarme una especie de confidente. El dolor incesante de la pierna le convirtió casi en un recluso. Me contaba muchos de sus sueños, deseos y miedos más íntimos. Albergaba dudas y recelos sobre una buena parte de sus amigos y a menudo sospechaba que mantenían la amistad con él sólo por su fama. Anhelaba que le apreciaran simplemente por él mismo.



Vivien Leigh

Vivien Leigh, la mujer exquisitamente bella de Laurence Olivier, había nacido en la India de padres ingleses y recibido una educación británica, y tenía treinta y ocho años cuando la conocí. Cuando tenía veintiséis interpretó a Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, que le valió un Oscar bien merecido a la mejor actriz. En esta película conoció a George Cukor, que fue el director hasta que le reemplazó Victor Fleming debido a divergencias artísticas con el productor David O. Selznick. Leigh estaba molesta por el cambio de director y a lo largo del rodaje consultó a hurtadillas con George sobre el modo de interpretar a Scarlett. Una vez ella me confesó que las instrucciones de George entre bambalinas eran mejores que las que le impartía Fleming. Circuló el rumor de que el protagonista masculino, Clark Gable, no estaba muy conforme con que le dirigiera Cukor porque era gay. «No quiero que ese marica me dirija en una maldita película sobre la guerra de secesión», decían que dijo Gable. (...) Era caliente, una mujer caliente. Muy sexual y muy excitable. Puesta en faena exigía una satisfacción plena y completa. Aquella noche cogimos como si de ello dependiera la supervivencia del planeta. Vivien no podía controlarse. Era estentórea. Chillaba y gritaba y se reía. Tuvo un orgasmo tras otro y cada uno era más estruendoso que el anterior. Aullaba y gritaba cada vez más fuerte. Intenté acallarla poniéndole suavemente un dedo en los labios, pero no me hacía caso. —Me da igual si George nos oye —gimió, delirante—. Me importa un comino. Y se puso de nuevo a proclamar su éxtasis a gritos. Fue uno de los mejores polvos que yo había tenido en mi vida. No quería que acabase y a mí también me importaba un bledo si despertábamos a George y a todo el vecindario. Un par de horas después, cuando ya estábamos completamente exhaustos, caímos en la cama como pesos muertos, sin fuerza y derrengados.



Rock Hudson

A mediados de los cincuenta empecé a trabajar en fiestas de una de las estrellas más taquilleras de Hollywood: Rock Hudson. Lo había conocido en 1946 o 1947 en la gasolinera, de la que se hizo cliente asiduo. Era un actor increíblemente guapo de extracción humilde. Bajo la guía y tutela protectoras de su agente gay Henry Willson, se convirtió en la superestrella de Hollywood por excelencia. Cuando dejó la escuela, Rock no sabía qué iba a hacer con su vida. Empezó trabajando en el servicio de correos y luego fue mecánico de aviones durante la guerra. Henry, al que yo conocía desde mi época de barman en el Club 881, lo descubrió cuando Rock llegó a Hollywood desde su Illinois natal. Henry hizo que al desconocido Roy Harold Scherer le pusieran fundas en los dientes, lo llevó a recibir clases de interpretación y le cambió el nombre por el de Rock Hudson. En 1955, por el tiempo en que empecé a organizar fiestas para él, Rock protagonizó *Gigante*, la obra épica de George Stevens, junto con Elizabeth Taylor y el más joven de los astros de Hollywood, James Dean. La elevada estatura de Rock, su prestancia morena y su refinada voz grave le facultaban para interpretar no sólo papeles románticos, sino también personajes que personificaban el arquetipo mismo de la virilidad fuerte y ruda. Pero Rock era cien por cien gay, un hecho que Henry, con la ayuda de la depurada maquinaria publicitaria de la productora y un ejército de guardianes, consiguió ocultar a los medios de comunicación y a sus fervientes admiradoras hasta el día de 1985 en que murió de sida. La homosexualidad de Rock fue uno de los secretos más duraderos y mejor guardados de Hollywood, a lo que contribuyó su boda en 1955 con Phyllis Gates, un matrimonio que duró tres años. Phyllis era una persona muy agradable y cien por cien lesbiana.

>>>>

ficación sexual. De buena gana se desprendían de un puñado de monedas sueltas por pasar un ratito conmigo. Conforme se extendía mi reputación en la archidiócesis de Chicago, se diversificó la gama de mis actividades. Aparte de la felación, el acto sexual más popular en el que yo participaba era lo que sólo puedo denominar «falsa penetración» (...) Si bien lo ocultaban lo mejor que podían a sus feligreses y al mundo exterior, estos inventivos sacerdotes desarrollaban un amplio abanico de prácticas eróticas. Yo aprendía mucho y gozaba contentando a todo el mundo, incluido yo mismo, puesto que estaba amasando buen dinero. Salía de cada sesión con un puñado de monedas ávidamente anticipadas e incluso en ocasiones con un billete o dos de un dólar. Cuánto de esos hechos de la infancia y adolescencia marcaron al futuro adulto es asunto de la psicología, pero lo cierto es que el uso del

cuerpo como fuente de placer y, al mismo tiempo, de ingresos se transformaría en el principal motor de la vida del protagonista de esta historia. A medida que la estación de servicio se convertía en “el lugar” donde ir en busca de aventuras amorosas, Scotty iba reuniendo alrededor suyo a una buena cantidad de ex compañeros de armas “siempre dispuestos a ganar algunos dólares extra de manera sencilla”, entre otros muchachos y muchachas con necesidades económicas no del todo satisfechas. “Los maricas eran los más exigentes. Un heterosexual se limitaba a pedirte una rubia o una morena, una chica con una bonita silueta o unas tetas grandes o una que fuese habilidosa en alguna técnica sexual específica, como una mamada fantástica, pero los gays eran muy caprichosos. No sólo querían un chico alto o rubio o muy guapo, sino que también tenía que estar

bronceado o ser peludo o sin vello o musculoso. Debía tener la pija grande, estar o no circunciso, tener los pies o los dedos del pie grandes o velludos, los ojos azules, el pelo largo o lo que fuera. La lista podía hacerse larguísima. ¿Y saben qué? Yo era capaz de proporcionarles exactamente lo que querían. En mi libretita sólo figuraban nombres y números. Mi labor debía ser discreta. Todo lo que la gente quería, incluso el tipo de persona con quien deseaban hacerlo, lo guardaba en la memoria”. Lejos del tono *minority friendly* de la serie *Hollywood* —que termina planteando un pasado ucrónico en el cual los homosexuales y lesbianas y las “minorías” raciales cambian radicalmente los modos de representación en la pantalla de cine— *Servicio completo* describe un pasado en el cual la vida real y aquella otra que las estrellas representaban en pantalla estaban muchas veces en extre-

mos opuestos del espectro. Scotty dejaría la estación de servicio a comienzos de los años 50 y comenzaría una nueva carrera como barman estrella de los famosos, pero no abandonaría su rol de amante legendario (y proveedor de delicias sexuales) hasta bien entrados los años 80, cuando la epidemia de la “peste rosa” o el “cáncer gay” —como solía llamarse despectivamente al virus del VIH— rompió en pedazos las nuevas libertades conquistadas luego de décadas de estigma y silencio. Ya sea ficción total y absoluta o la más franca de las memorias personales (o algo a mitad de camino entre ambas cosas), *Servicio completo* cabalga entre la chismología más despampanante, la literatura erótica y la descripción de un mundo donde los deseos íntimos se chocaban de frente con las imposiciones sociales. Un mundo que los tres recuadros que acompañan este texto ilustran de manera muy clara. ♦